

CRISIS SALITRERA Y SUBVERSIÓN SOCIAL: LOS TRABAJADORES PAMPINOS EN LA POS-PRIMERA GUERRA MUNDIAL (1917-1921)

JULIO PINTO VALLEJOS*

Nunca ha pasado nuestro pueblo por una crisis económica tan honda como la presente; jamás la carestía de la vida había llegado a tanta altura, ni un malestar tan hondo se ha cernido sobre el organismo nacional.

El Nacional, Iquique, 21 de noviembre de 1918

Felizmente, para felicidad de la clase trabajadora, los campanazos anunciáticos de una nueva era ya han sonado; los signos sintomáticos de la emancipación de los trabajadores han hecho su aparición en plena pampa, a todo sol y a todo viento. Todo, todo esto nos hace prever que estamos próximos a esperar un magnífico fenómeno social, que ha de traer como consecuencia lógica la felicidad del proletariado

El Despertar de los Trabajadores,
Iquique, 13 de marzo de 1918

1. CICLO SALITRERO E IDENTIDAD PAMPINA

DURANTE MÁS de medio siglo, miles de trabajadores chilenos, peruanos, bolivianos, y de otras nacionalidades fluyeron ininterrumpidamente hacia las tierras del salitre. Desplazados de sus espacios y actividades tradicionales, el "oro blanco" actuó poderosamente sobre sus ansias de libertad y progreso material, ofreciéndoles una expectativa de enriquecimiento que, por mucho que la realidad no la confirmase, nunca dejó de alimentar sus ilusiones. Ni las penurias del trabajo pampino, ni la permanen-

* Universidad de Santiago de Chile.

te fricción con autoridades y patrones, ni los recurrentes ciclos recesivos que barrían en pocas semanas con empleos, ahorros y planes de futuro, fueron motivo suficiente para interrumpir el flujo. Así, aunque los períodos de contracción productiva expulsaran a muchos de vuelta a sus regiones de origen, la recuperación posterior invariablemente revertía el proceso, y los que regresaban eran siempre más. Desde la década de 1850 hasta la de 1920, la corriente migratoria hacia las tierras del salitre no sólo se mantuvo, sino que aumentó.

Este fenómeno demográfico no hacía sino reproducir los destinos generales de la industria salitrera. El crecimiento de esta última, irregular pero sostenido hasta las primeras décadas del siglo XX, mantuvo vigente, y con requerimientos cada vez mayores, la demanda laboral que desde un comienzo había estimulado una poderosa corriente migratoria.¹ La ausencia de innovaciones tecnológicas verdaderamente relevantes después de la década de 1880 reforzó el efecto, manteniendo al salitre como una actividad que algunos autores han calificado con el término de “minería extensiva”.² Por tal motivo, cualquier expansión productiva implicaba necesariamente un aumento correlativo en el número de trabajadores. Y como las condiciones de vida y el persistente desequilibrio entre los sexos en las regiones salitreras no facilitaron un crecimiento natural demasiado vigoroso, la respuesta siguió proviniendo principalmente de la migración externa.³ Fue ella la verdadera responsable de que una fuerza de trabajo que en la posguerra del Pacífico apenas alcanzaba las diez mil personas, superase en 1925 las sesenta mil, y que una población regional que en 1885 no llegaba a las noventa mil almas, para la década de 1920 se situase en la cercanía de las trescientas mil.⁴ Es por eso que no se exagera al afirmar que el salitre redibujó la fisonomía humana y social de ese espacio que con el tiempo llegó a conocerse como el “Norte Grande”.

¹ Para un análisis general de este fenómeno, incluyendo el período tratado en este artículo, véase A. Lawrence Stickell, “Migration and Mining: Labor in Northern Chile in the Nitrate Era, 1880-1930”, tesis doctoral inédita, Indiana University, 1979, especialmente sus capítulos 2-4. Las etapas iniciales de la migración laboral chilena han sido tratadas en mis artículos “Cortar raíces, criar fama: El peonaje chileno en la fase inicial del ciclo salitrero. 1850-1879”, en *Historia*, núm. 27, Santiago, 1993; y, en coautoría con Verónica Valdivia y Hernán Venegas, “Peones chilenos en las tierras del salitre, 1850-1879: Historia de una emigración temprana”, en: *Contribuciones Científicas y Tecnológicas* núm. 109, Universidad de Santiago de Chile, 1995.

² El término ha sido propuesto por Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, *Un siglo de historia económica de Chile, 1830-1930*, Madrid, 1982, segunda parte.

³ El carácter por lo menos “trinacional” de la población obrera salitrera, así como el paso de la región al dominio chileno después de la Guerra del Pacífico, dificultan conservar en este contexto la tradicional distinción entre “inmigración” y “migración interna”. ¿Eran realmente “inmigrantes” los miles de bolivianos y peruanos que siguieron acudiendo a sus faenas después de 1879? Sin su numerosa y permanente presencia, la fisonomía humana tan particular del mundo salitrero decididamente no habría sido la misma.

⁴ La demografía de las regiones salitreras ha sido estudiada por Lilia Meza Villalobos, “Población salitrera según los censos desde 1907 a 1952”, en: *Revista Geográfica de Chile*, Santiago, La Terra Australis, núms. 15, 16 y 17, 1958-1959.

Hacia la década de 1920, sin embargo, el proceso se aproximaba a su fin. El estallido de la Primera Guerra Mundial algunos años antes había iniciado una ruptura histórica que se proyectaba a las más variadas esferas y rincones del mundo, y que para la industria salitrera se reveló prácticamente fatal. Durante la década nombrada, y pese a haberse alcanzado en ella los más altos índices poblacionales y productivos de la historia, la violencia de los ciclos económicos y el ensañamiento de las luchas sociales ya dejaban entrever el verdadero alcance de la crisis. Cuando ésta se desencadenó definitivamente en 1930, la fragilidad del mundo salitrero se reveló en toda su enorme desnudez, privando a los pampinos de medios de subsistencia y expectativas de recuperación. Como tantas veces en el pasado, nuevamente iniciaron su retorno, pero a diferencia del pasado, mayoritariamente para no volver.

El retorno definitivo, sin embargo, no significó que el mundo del salitre quedara verdaderamente atrás. Porque más allá de su origen migrante, o de la circunstancia de ser “pampinos” por adopción más que por nacimiento, la prolongada y recurrente estadía de esos trabajadores en Tarapacá o Antofagasta había hecho de ellos personas diferentes, imbuidas de una experiencia y un complejo de representaciones mentales que era verdaderamente único, distinto de todo lo que pudiera hallarse en sus respectivos lugares de origen en Chile, Perú o Bolivia. Mundo de pocas raíces locales y mucha mezcla cultural, de individualidades fuertes y débil control institucional, de marcadas identidades sociales pero escasa deferencia hacia la autoridad político o patronal, el norte salitrero configuró una “identidad pampina” que difícilmente iba a quedar enterrada entre los escombros de las oficinas abandonadas. El recuerdo y la vivencia de calicheras y campamentos, de Santa María de Iquique y la Mancomunal, iban a despertar lealtades y antagonismos mucho más fuertes que la subsistencia física de las oficinas, y que por tanto se proyectaron mucho más allá de 1930. Para bien o para mal, el espíritu pampino se resistió a morir.⁵

Uno de los rasgos más llamativos de esa “identidad pampina” —y para muchos uno de los más problemáticos— fue la endémica tendencia a la indisciplina colectiva y personal, a menudo trocada en abierta rebeldía. Prácticamente desde sus inicios, y haciendo honor a su condición de mundo de aventureros y fronteras, la sociedad salitrera había sido escenario de violencias de diverso cuño, desde el desborde instintivo e individual hasta las jornadas multitudinarias, más o menos organizadas, de desafío al orden establecido.⁶ Fuese por la ausencia de relaciones de dominación con-

⁵ El concepto y la realidad de la “identidad pampina”, con toda su carga simbólica todavía muy presente entre quienes viven o vivieron en las regiones salitreras, ha sido propuesto y trabajado en extensión por Sergio González Miranda, tanto en su libro *Hombres y mujeres de la pampa*, Iquique, 1991; como en numerosos artículos publicados en la revista *Camanchaca* entre 1986 y 1994. Una obra análoga vienen realizando para la región de Antofagasta los historiadores Juan Panadés, José Antonio González y Ottorino Ovalle.

⁶ Este tema ha sido parcialmente abordado en mi trabajo “Rebeldes pampinos: patrones de violencia social en las oficinas salitreras, 1870-1900”, aún inédito.

sagradas por siglos de historia, por el relativo anonimato de seres que se desplazaban continuamente de un lugar a otro, por un tenaz legado de irreverencias peonales,⁷ o simplemente por una propensión natural del inmigrante que ha optado por jugarse su suerte en una aventura de ascenso individual, lo cierto es que el trabajador pampino siempre se inclinó a resolver los problemas y vengar las afrentas por la vía más expedita, sin detenerse mucho a considerar el rango o la condición de quien percibía como su adversario. Esta propensión, una variante más depurada de conductas asociadas a la imagen convencional del “roto chileno” del siglo XIX, ha quedado poéticamente registrada en la fórmula del compositor Luis Advis: “El pampino no era hombre cabal / podía ser ladrón o asesinar”.⁸

En el reverso de ese individualismo insolente, sin embargo, la dura experiencia compartida y la ausencia de lazos familiares o territoriales muy intensos fueron también configurando sentimientos de solidaridad grupal que en ocasiones podían revelarse muy sólidos, y que autorizan a hablar de una “identidad pampina” como algo más que una sumatoria de conductas particulares estadísticamente recurrentes. Estas lealtades podían expresarse a nivel de la oficina salitrera en que se trabajaba o el poblado en que se vivía, pero podían también alinearse de acuerdo a patrones étnicos o de nacionalidad.⁹ Con el correr del tiempo y la penetración de un discurso más politizado y programático, un criterio de cohesión que pareció adquirir cada vez más fuerza fue el de la identidad de clase, o “proletaria”. Si este tipo de referente llegaba a conjugarse con la legendaria y ya señalada soberbia pampina, el resultado podía resultar altamente explosivo.

No se pretende decir que estos comportamientos se hayan escalonado en una especie de secuencia progresiva, como si la arrogancia individual fuese la expresión primitiva de una evolución que forzosamente debía desembocar en el estadio “superior” de la conciencia proletaria. Las puñaladas, las borracheras y el desborde pasional no desaparecieron con el advenimiento de los sindicatos, las huelgas y los partidos obreros. Más bien, ambos tipos de conductas coexistieron en una simultaneidad no siempre exenta de tensiones, a veces como opciones alternativas y mutuamente excluyentes dentro del mundo popular. Así, *El Despertar de los Trabajadores*, el periódico iquiqueño fundado por Luis Emilio Recabarren para servir de portavoz al naciente Partido Obrero Socialista, no tenía sino palabras de condenación para quienes no atinaban a extraerse a sí mismos de “la molicie, [de] la depravación, [y] marchan con la frente inclinada justificando su esclavitud antes que erguirse soberanos y lanzarse a la contienda en defensa de su dignidad y

⁷ Sobre este tema véase la nutrida obra de Gabriel Salazar, y particularmente su *Labradores, peones y proletarios*, Santiago, 1984. También el concepto de “subordinación sensual” propuesto por José Bengoa en *El poder y la subordinación*, Santiago, 1988.

⁸ Tomado de la cantata “Santa María de Iquique”.

⁹ Para el período anterior a la Guerra del Pacífico, esta idea ha sido trabajada en mi artículo “Cortar raíces, criar fama...”, ob. cit.

de sus derechos".¹⁰ Por su parte, y aunque sus opiniones no contaran con órganos de expresión igualmente formales, es probable que a los obreros que frecuentaban los garitos y resolvían sus diferencias a cuchillo tampoco les resultara fácil identificarse con esos austeros "hermanos de clase" que con un no muy disimulado aire de superioridad los inducían a abandonar los pocos y pequeños placeres que aliviaban sus duras existencias. Podía incluso suceder que las expresiones de descontento de unos y otros tomaran cauces paralelos, sin demasiada influencia entre sí: motines inorgánicos alimentados por la ira y el deseo de destrucción, y disciplinadas manifestaciones públicas para presionar por demandas discursivamente articuladas. Es un hecho, sin embargo, que con el correr de los años los primeros fueron crecientemente cediendo el paso a las segundas, o más bien fueron fundiéndose en una amalgama donde ambas formas de rebeldía popular se potenciaban recíprocamente.¹¹ Ese fue, a final de cuentas, el proceso exteriorizado en la multitudinaria pero pacífica (y por eso mismo mucho más trágica en su desenlace) invasión de Iquique por los huelguistas de 1907, así como en la violenta pero bien organizada insurrección de La Coruña en 1925.¹²

¿Formaba esta actitud parte del legado que los pampinos trajeron consigo al volver de los reductos salitreros, difundiéndola entre sus congéneres del centro y sur del país? Aunque al menos un historiador actual ha minimizado el efecto de las influencias nortinas sobre los orígenes del movimiento obrero organizado,¹³ tanto los contemporáneos como la memoria histórica nacional han tendido a creer que sí, apoyándose tanto en el encarnizamiento que hacia los años veinte parecen haber exhibido las luchas sociales en esa zona como en las profundas raíces que allí echaron las ideologías y organizaciones políticas de izquierda. En más de alguna ocasión se ha concebido incluso a la experiencia salitrera como precursora de los protagonismos y antagonismos sociales que iban a marcar al conjunto de la historia nacional durante gran parte del siglo XX, culminando en las amargas jornadas de 1973. En tal visión, la noción de los pampinos retornados como vasos comunicantes entre una y otra esfera cobra particular atractivo, ofreciendo una posible respuesta para las interrogantes que giran en torno al origen y a la masificación de ciertos comportamientos y

¹⁰ Extraído de un "artículo-diálogo" de José Tomás Catalán, premiado con una mención honrosa en un Certamen Literario convocado por *El Despertar de los Trabajadores*, (Iquique), y publicado en su edición del 1º de mayo de 1918.

¹¹ Este tema también ha sido elaborado en mi artículo "Rebeldes pampinos...", ob. cit.

¹² Los sucesos de 1907 y la matanza de la Escuela Domingo Santa María han sido relatados por muchos autores. Una versión muy completa y que hace especial hincapié en el comportamiento no violento de los huelguistas es la de Eduardo Devés, *Los que van a morir te saludan*, Santiago, 1987. Para los sucesos de La Coruña véase Gonzalo Vial, *Historia de Chile, (1891-1973)*, vol. III, Santiago, 1988, pp. 245-255; una versión novelada en Luis González Zenteno, *Los pampinos*, Santiago, 1954.

¹³ Se trata del estadounidense Peter De Shazo, quien en un sugerente y muy bien documentado estudio ha argumentado que la mayor influencia en este sentido corrió por cuenta de los trabajadores de Santiago y Valparaíso, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*, Madison, 1983.

opciones populares —respuesta demasiado fácil tal vez, si se piensa en las muchas cosas que ya habían sucedido en otras regiones en materia de luchas sociales y penetración de ideologías revolucionarias con bastante antelación a la crisis de 1930—. Demasiado fácil también, cuando se tiene presente que la coyuntura de 1900-1930 fue una de las “cuestiones sociales” no sólo en Chile, sino en gran parte de América Latina y el mundo: después de la Revolución Rusa de 1917, la historia contemporánea claramente ya no fue la misma.¹⁴ Y sin embargo, la persistencia de esa noción conduce una y otra vez a replantearse la pregunta: ¿cuál fue el verdadero papel de los trabajadores pampinos en las agitaciones sociales de comienzos de siglo? ¿Cuál fue su aporte a la configuración en Chile de una identidad popular con una marcada simpatía hacia las ideas socialistas?

El estudio que se desarrolla a continuación pretende indagar en esta materia focalizando la atención en un momento específico de esa coyuntura, que fue a la vez de retorno masivo de trabajadores pampinos y de intensas movilizaciones políticas y sociales. Entre 1917 y 1921 Chile se hizo eco de las convulsiones que por esos mismos años remecían al mundo, lo que llevó a más de algún miembro de su clase dirigente a temer seriamente el advenimiento de un quiebre social sin precedentes. Esos fueron los años en que la industria salitrera, que había sostenido casi unilateralmente al país desde 1879, comenzó a dar claras muestras de agotamiento, arrastrando tras de sí al conjunto de la economía nacional. Fueron también los años de las manifestaciones populares más multitudinarias que se hubiesen conocido, culminando en la formación de la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional, la sección chilena de la Industrial Workers of the World (IWW) y el Partido Comunista Chileno. Fueron años de fuertes tensiones internacionales y del principio del fin de la “República Parlamentaria”, con Arturo Alessandri inaugurando la era del populismo y la política de masas. Y fueron, por último, años en que, como se ha dicho, un orden mundial que se había mantenido sorprendentemente estable durante casi un siglo entró en una pendiente de redefiniciones en uno de cuyos extremos se dibujaba la naciente hegemonía de los Estados Unidos, y en el otro la también naciente amenaza de la Unión Soviética.

En medio de todo eso, las crisis salitreras de 1919 y 1921 arrojaron a las calles de Valparaíso y Santiago, y a los campos del Valle Central y La Frontera, a millares de trabajadores pampinos sin trabajo. Aunque no era la primera vez que se producía uno de esos retornos en masa —ni tampoco sería la última— las características del momento se prestaban magníficamente para hacer de caja de resonancia ante cualquier expresión de rebeldía social. Si la identidad pampina realmente pudo tener un efecto catalizador y amplificador de tales rebeldías, la coyuntura 1917-1921 debería entre-

¹⁴ Desde ópticas y valoraciones bastante distintas, dos distinguidos historiadores contemporáneos coinciden en estructurar su lectura del siglo XX en torno a ese dramático episodio; véase Eric Hobsbawm, *Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-1991*, Londres, 1994; y Ernst Nolte, *La guerra civil europea, 1917-1945*, Berlín, 1987, edición original en alemán.

gar evidencias suficientes para demostrarlo, y para preparar el terreno para las aún más dramáticas jornadas de 1930-1932.

2. LA COYUNTURA DE 1917-1921: ¿AL FILO DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL?¹⁵

Aunque la historia de la industria salitrera no había sido precisamente ajena a los ciclos recesivos, el estallido de la Primera Guerra Mundial provocó uno de los más severos de que se tuviera memoria. Sumadas a una “mini-recesión” que se venía manifestando desde 1913, las dislocaciones provocadas por la guerra en el comercio internacional golpearon duramente a una actividad cuya existencia misma descansaba en la demanda de las naciones beligerantes. Aun sin mencionar el encarecimiento de los fletes marítimos y la dificultad para conseguir insumos que ahora se canalizaban masivamente hacia las necesidades bélicas, el inicio de las hostilidades significó para los salitreros la pérdida inmediata de sus principales mercados en la Europa continental: algunos, como el alemán, a consecuencia del bloqueo aliado; otros, como el belga o el francés, por estar sus territorios convertidos en campos de batalla. Por sí solas, Alemania y Bélgica habían absorbido el 27% del salitre exportado en 1913, lo que sugiere el impacto que su desconexión debía provocar. Asfixiados adicionalmente por las restricciones que comenzaron a operar en el mercado financiero de Londres, principal proveedor de crédito e instrumentos de pago, los productores comenzaron a reducir drásticamente la elaboración y paralizar las oficinas. Entre julio de 1914 y febrero de 1915, la producción mensual de salitre disminuyó de 262.863 a 80.654 toneladas, mientras que las plantas en actividad bajaron de 134 a 43.¹⁶

Aunque a la postre esta crisis iba a resultar de corta duración, sus consecuencias y las reacciones que suscitó anticiparon lo que iba a sobrevenir en las mucho más serias de 1919 y 1921-1923. Para comenzar, el cierre de las oficinas lanzó a

¹⁵ Esta sección, cuyo objeto es sintetizar las principales características de la coyuntura en la que actuaron los calicheros “retornados” de 1917-1921, está basada fundamentalmente en las siguientes fuentes secundarias, que sólo serán citadas en el texto cuando se requiera respaldar específicamente algún dato o cifra estadística: Juan Ricardo Couyoumdjian, *Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y la Postguerra, 1914-1921*, Santiago, 1986; Enrique Reyes, *Salitre de Chile, apertura, inversión y mercado mundial, 1880-1925*, Santiago, 1994; J. Gabriel Palma, “Chile 1914-1935: De economía exportadora a sustitutiva de importaciones”, en *Estudios Cieplán*, núm. 12, Santiago, 1984; Gonzalo Vial, *Historia de Chile, 1891-1973*, vol. II, Santiago, 1982; Michael Monteón, *Chile in the Nitrate Era*, Madison, 1982, especialmente su capítulo 5; Peter De Shazo, ob. cit.; René Millar, *La elección presidencial de 1920*, Santiago, 1982; Claudio Orrego y otros, *Siete ensayos sobre Arturo Alessandri Palma*, Santiago, 1979.

¹⁶ Cifras y datos extraídos de Couyoumdjian, ob. cit., pp. 76-77.

miles de trabajadores a la cesantía, congregándose en los puertos de la zona grandes masas empobrecidas que despertaban el nerviosismo de las autoridades y los grupos dirigentes. Como lo había hecho en circunstancias análogas en el pasado, el gobierno intervino para diluir la potencial amenaza trasladando al mayor número posible de cesantes a las provincias del centro y sur. A diferencia del pasado, sin embargo, esta intervención fue ahora mucho más profunda y ambiciosa, abandonando la antigua práctica de dejar a los obreros trasladados más o menos librados a su propia suerte. Una señal de esta nueva actitud fue la organización por cuenta fiscal de “ollas del pobre”, iniciativa que en épocas anteriores había respondido más bien a las autoridades municipales o a la beneficencia privada. Otra, todavía más innovadora, fue el dictado de un decreto supremo el 18 de agosto de 1914 que disponía la creación de un “Servicio de Colocación” anexo a la Oficina del Trabajo, al que se encomendó la búsqueda de empleo para los desocupados. Hasta mediados de 1915, cuando la mejoría de las condiciones económicas permitió poner fin a esta primera etapa de funcionamiento del servicio, la Oficina del Trabajo recibió más de 30 mil inscripciones, logrando colocar a unos 20 mil.¹⁷ El hecho de que una parte importante de estos empleos (un poco menos del 70%) correspondiese a obras públicas emprendidas por el propio gobierno, era una prueba más de una recién descubierta voluntad de no limitarse a contemplar pasivamente los estragos provocados por la crisis.¹⁸

En esta vocación “benefactora”, por cierto, obraba poderosamente el temor a los excesos a que las masas desempleadas, más numerosas que nunca, se podían entregar. No deja de ser interesante, sin embargo, que en pleno período parlamentario, todavía fuertemente marcado por la ortodoxia liberal, una perspectiva de esta naturaleza activara algo más que el ya tradicional recurso al control policial y la represión. Era que el Estado chileno, siguiendo una tendencia prácticamente universal, incursionaba cada vez más abiertamente en prácticas “intervencionistas”, como lo había sido también la Ley de Auxilios Salitreros promulgada pocos días antes de la creación del Servicio de Colocación (12 de agosto de 1918), y que procuraba concurrir a la defensa de esa industria ofreciendo créditos fiscales a los empresarios que mantuvieran sus oficinas en producción.¹⁹ Un Estado que asumía tales niveles de protagonismo, aunque sólo fuese, como lo aseguraban algunos acusadores, con el

¹⁷ Datos entregados en la Memoria de la Oficina del Trabajo correspondiente a 1916, en *Archivo Oficina del Trabajo*, vol. 38, jefe de la Oficina a ministro de Industria y Obras Públicas, 13 de abril de 1917. El tema de los desplazamientos populares provocados por las sucesivas crisis salitreras de los años diez y veinte, así como la labor paliativa asumida por la Oficina del Trabajo, ha sido acuciosamente estudiado por Lawrence Stickell, ob. cit., capítulos 2 al 4.

¹⁸ Stickell, ob. cit., p. 115. La segunda fuente de ocupación fue la agricultura, con 26%, seguida de lejos por la industria, con 6%. De las ocupaciones agrícolas, una parte importante correspondía a faenas estacionales.

¹⁹ Couyoumdjian, ob. cit., p. 78.

único y mezquino propósito de defender su principal fuente de ingresos tributarios, tenía que perfilarse como un interlocutor cada vez más insoslayable para los diversos actores económicos y sociales. Ese rol le sería recordado más de alguna vez en futuras crisis.

Esta crisis en particular, sin embargo, comenzó a disiparse a los pocos meses de iniciada la guerra mundial. La acrecida demanda de salitre para la fabricación de explosivos y la apertura del mercado estadounidense, prácticamente inexistente antes de 1914, dieron nuevos ímpetus a la industria e inauguraron un período de bonanza que se mantendría sin grandes sobresaltos hasta 1918. Las oficinas paralizadas volvieron a encender sus fuegos, y los miles de trabajadores desplazados por la crisis tomaron el camino de regreso a las pampas. Hacia 1917, la producción de salitre superó por primera vez la marca de las tres millones de toneladas, mientras que la ocupación se aproximó visiblemente, también por primera vez, a su máximo histórico de 60 mil.²⁰

No todas las señales, sin embargo, eran igualmente alentadoras. En lo inmediato, la escasez de barcos y el encarecimiento de ciertos insumos vitales como el combustible importado, presionaron sobre los costos en un sentido que tendía a neutralizar las mayores ganancias. Similar efecto tuvo el mayor precio de los insumos internos, particularmente la mano de obra, producto de la revaluación del peso en relación con la libra esterlina y otras circunstancias como la puesta en marcha, a contar de 1917, de la recién aprobada Ley de Accidentes del Trabajo.²¹

Más preocupantes todavía, aunque menos evidentes, eran las amenazas que se cernían en el mediano y largo plazo. Por una parte, la precariedad del abastecimiento de salitre motivada por la guerra, particularmente en Alemania y la Europa continental, se unió a los precios altos para reforzar el estímulo que ya venía operando desde antes de 1914 para la búsqueda de sustitutos sintéticos. En esa época los científicos alemanes ya habían experimentado con un método para la síntesis química del amoníaco, cuya puesta a punto fue acelerada por el bloqueo comercial. Otro tanto sucedió con la fabricación de sulfato de amoníaco, producto rival del salitre natural cuya elaboración se venía realizando en condiciones cada vez más económicas.²² Hacia el término de la guerra, las implicancias de estos acontecimientos todavía no se dejaban sentir con todo su peso, pero los observadores más perspicaces ya podían discernir que el salitre chileno tendría que salir prontamente al paso de los nuevos desafíos, reduciendo sus costos y aumentando la eficiencia de sus procesos productivos. Dicha empresa, sin embargo, era dificultada por la inflexible política tributaria del gobierno y la magnitud de la inversión que se requería para renovar sustantivamente la industria. Mucho más fácil era seguir disfrutando de

²⁰ Couyoumdjian, ob. cit., pp. 115-117, y cuadros estadísticos en pp. 272-275; Cariola y Sunkel, ob. cit., cuadro estadístico en pp. 126-127.

²¹ Este fenómeno está explicado en Couyoumdjian, ob. cit., pp. 104-107, y Vial, ob. cit., pp. 617-620.

²² Véase Couyoumdjian, pp. 194-196.

la bonanza inducida por la guerra, aunque a la postre no revelara ser más que un canto del cisne.²³

De hecho, con la conclusión de la guerra a fines de 1918, la fragilidad del reciente *boom* salitrero comenzó a revelarse en toda su desnudez. La desaparición de la demanda bélica y las grandes existencias acumuladas en los países aliados provocaron un derrumbe del comercio de salitres, en tanto que las persistentes dificultades para obtener transportes seguían presionando los costos al alza. Una vez más se inició la fatídica secuencia de cierre de oficinas y despidos masivos de trabajadores, cuyo empleo total descendió entre 1918 y 1919 de 57 mil a 44.500.²⁴ Al terminar el año 1918, y con el afán de “prevenir y remediar en parte siquiera las dolorosas consecuencias y los graves perjuicios que acarrea a la economía entera del país, el paro forzoso”, el gobierno resolvió reabrir sus albergues y reactivar su Servicio de Colocaciones de Obreros y Empleados.²⁵ Hasta el 1° de abril de 1919 la Oficina del Trabajo había recibido 8.479 solicitudes de empleo, las que durante el resto del año se empinaron por sobre las 20 mil.²⁶ No todas esas solicitudes, por cierto, correspondían a trabajadores pampinos, pues la estrecha interconexión entre la industria salitrera y el resto de la economía había propagado rápidamente la crisis hacia todos los sectores. Esa misma circunstancia determinó que el gobierno sólo pudiese satisfacer una proporción bastante baja de la demanda ocupacional (7.447 trabajadores durante todo 1919), pese a su decisión de activar una vez más la realización de obras públicas. La concentración de cesantes en ciudades y puertos volvió a poner sobre el tapete la “amenaza social” ya vislumbrada en 1914, sólo que ahora en un contexto mucho más explosivo. Como se verá más adelante, la contribución de estos hechos a los tumultos sociales de 1919-1920 distó mucho de ser insignificante.

El año 1920 trajo un respiro, al menos en lo económico. Vendidas las existencias de salitre acumuladas en los distintos mercados, y parcialmente superado el problema de los fletes, desde fines de 1919 se advirtió una rápida recuperación en la exportación y las ventas, lo que a su vez puso nuevamente en actividad muchas de las oficinas paralizadas. “Es un hecho conocido”, informaba el jefe de la Oficina del Trabajo en enero de 1920, “que muchas, casi la totalidad, de las Oficinas Salitreras han reanudado o van a reanudar sus faenas y que con este motivo se están realizando –por cuenta de la Asociación de Propaganda del Salitre– enganches de grandes partidas de

²³ De hecho, los índices de producción física de 1917 no volvieron a alcanzarse hasta 1928-1929, y entonces sólo por una efímera coyuntura –verdadero y definitivo “canto del cisne”– antes del colapso de 1930–; véase Cariola y Sunkel, ob. cit., pp. 126-127.

²⁴ Cariola y Sunkel, ob. cit., *loc. cit.* Esta nueva crisis salitrera es descrita en Couyoumdjian, ob. cit., pp. 185-187.

²⁵ *Archivo Oficina del Trabajo*, vol. 46, circular enviada por el jefe de la Oficina en 30 de diciembre de 1918.

²⁶ *Archivo Oficina del Trabajo*, vol. 57, jefe de la Oficina a ministro de Industria y Obras Públicas, 23 de abril de 1919; Stickell, ob. cit., pp. 118 y ss.

obreros para las provincias del Norte".²⁷ Hacia el mes de agosto, el corresponsal de la Oficina del Trabajo en Iquique daba cuenta de la llegada de 8966 personas, entre hombres, mujeres y niños, sólo para la provincia de Tarapacá, lo que indica la rapidez de la recuperación en los niveles de empleo.²⁸

Pero a diferencia de los años de la guerra, esta nueva bonanza no estaba destinada a perdurar. Ya a fines de 1920, una recesión que ahora se manifestaba a escala mundial golpeó a la industria salitrera y a la economía nacional con una violencia aún mayor que en 1919.²⁹ Según la Oficina del Trabajo, en Tarapacá y Antofagasta se alcanzó durante 1921 un índice de cesantía cercano al 95%, lo que se tradujo en el traslado por cuenta fiscal de unas 40 mil personas sólo durante los seis primeros meses de ese año.³⁰ Como en esta oportunidad la recesión golpeó simultáneamente al conjunto de la actividad productiva, se estima que en total fueron más de 70 mil los trabajadores que debieron enfrentar la cesantía, dejando en la inseguridad a un número mucho mayor de familiares y dependientes (en el mineral de cobre de El Teniente, por ejemplo, muy cercano a Santiago, los despedidos fueron casi cinco mil).³¹

Evaluando el impacto global de la situación en una nota dirigida en abril a la Sociedad "Cruz Roja Mujeres de Chile", el jefe de la Oficina del Trabajo se expresaba así:

La grave crisis económica por que atraviesa nuestra República, ha repercutido hondamente en nuestras principales industrias, provocando la paralización de muchas de ellas y dejando sin trabajo a grandes masas de obreros, que repentinamente, y sin contar con las instituciones de previsión que aminoren estas dolorosas consecuencias, se ven privados del salario necesario para atender a sus más premiosas necesidades. Esta paralización es especialmente grave en la industria salitrera que día por día deja cesante a centenares de operarios ocupados en sus faenas, y que el Estado, cumpliendo sus deberes fundamentales, ha trasladado a [Santiago], para ver medio, en seguida, de buscarles colocación.³²

Habiendo la crisis tocado fondo en 1922, un acuerdo celebrado en octubre de ese año entre la Asociación de Productores de Salitre de Chile y los compradores extranjeros asociados en el *Pool* Salitrero permitió una nueva recuperación de la industria, que se prolongó hasta 1926.³³ Colaboró también a tal resultado la disposición del gobier-

²⁷ *Archivo Oficina del Trabajo*, vol. 61, jefe de la Oficina a ministro de Industria y Obras Públicas, 9 de enero de 1920.

²⁸ *Archivo Oficina del Trabajo*, vol. 60, corresponsal en Iquique a jefe Oficina, 30 de agosto de 1920.

²⁹ Couyoumdjian, ob. cit., pp. 190-207.

³⁰ *Archivo Oficina del Trabajo*, vol. 69, memorándum enviado por el jefe de la Oficina al ministro de Industria y Obras Públicas, 21 de agosto de 1921.

³¹ *Ibid.*; Slickell, ob. cit., p. 119.

³² *Archivo Oficina del Trabajo*, vol. 65, jefe de la Oficina a Sociedad "Cruz Roja Mujeres de Chile", 25 de abril de 1921.

³³ Couyoumdjian, ob. cit., pp. 201-204.

no, ya bajo la conducción de Arturo Alessandri, a ejercer un papel cada vez más solidario en la conducción de los asuntos salitreros, y otro tanto hicieron los adelantos técnicos inducidos por la competencia y la búsqueda de costos más bajos. Algunos de estos adelantos, como la mecanización de las faenas extractivas y la sustitución del carbón por el petróleo, ya venían verificándose desde los días de la guerra, mientras que otros todavía más trascendentes, como la implementación del nuevo sistema de explotación conocido como “Guggenheim”, se echaron a andar durante los años veinte.³⁴ A la postre, es verdad, ninguna de estas circunstancias pudo impedir el desplome definitivo de la industria, aunque debe reconocerse que el sistema Guggenheim sí hizo posible una supervivencia, en tono menor, hasta el día de hoy. En lo inmediato, sin embargo, la crisis económica de la posguerra había llegado a su fin.

Ello no obstante, la crisis había sido lo suficientemente prolongada y severa como para configurar un escenario ideal para la radicalización del descontento social. Aunque la cesantía no era desconocida para el Chile de la preguerra, y particularmente para su industria salitrera, dicho flagelo jamás había alcanzado ni las dimensiones ni la frecuencia del periodo 1914-1922.³⁵ Otro problema serio que afloró durante estos años, a veces alternándose y otras reforzando al anterior, fue el de la carestía. Entre 1913 y 1915, por ejemplo, el historiador Peter De Shazo ha estimado que el costo de la vida para una familia obrera se incrementó en un 33%, y eso en una coyuntura de desocupación masiva y caída de los ingresos hasta en sus niveles nominales.³⁶ Ciclos inflacionarios de aún mayor intensidad se vivieron entre 1918-1920 y 1922-1925, coincidiendo, al menos el primero, una vez más con una situación de alto desempleo y salarios descendentes.³⁷ Aunque las causas de este fenómeno eran variadas y complejas, sus víctimas tendían a atribuirlo a la acción de especuladores y a la codicia de terratenientes que preferían exportar su producción antes que alimentar al pueblo, todo ello en medio de la más profunda indiferencia estatal. Acusando recibo de tales acusaciones, un terrateniente del Valle Central escribía a la Oficina del Trabajo a comienzos de 1921 asegurando que “nosotros los viñateros y agricultores, *envenenadores de nuestra raza* [sic], tenemos trabajo para más de 70.000 personas [...], siempre que se conformen con el modesto salario y humilde pero abundante comida”, cuidándose por cierto de añadir que los buscadores de empleo “no sean de los de la clase maximalista que arrojan las ciudades”.³⁸

La creciente convicción de que el Estado debía hacerse responsable del bienestar popular, reforzada por las tendencias ideológicas de la época, tendió así a politizar

³⁴ Couyoumdjian, ob. cit., pp. 204-207; Thomas O'Brien, “Rich beyond the Dreams of Avarice: The Guggenheims in Chile”, en: *Business History Review* núm. 63, Harvard, 1989.

³⁵ De Shazo, ob. cit., pp. 44-47.

³⁶ De Shazo, ob. cit., p. 34.

³⁷ De Shazo, ob. cit., pp. 64-67 y gráfico en p. 61.

³⁸ *Archivo Oficina del Trabajo*, vol. 70, carta de Miguel Bustamante, Viña Liucura, Villa Alegre, Loncomilla, 8 de enero de 1921.

las demandas sociales, lo que contribuyó tanto al desprestigio del sistema parlamentario criollo como a la creciente beligerancia del ánimo popular. Así lo revelaron, entre muchos otros sucesos, los multitudinarios “Mitines del Hambre” celebrados en las principales ciudades del país entre fines de 1918 y fines de 1919 en respuesta a la convocatoria de la más grande organización reivindicativa que se hubiese conocido en Chile hasta el momento, la Asociación Obrera de Alimentación Nacional (AOAN). El éxito mismo de esta iniciativa, que sólo en Santiago logró reunir, según diversas estimaciones, entre 60 y 100 mil manifestantes, puso de relieve cómo la penuria económica y el descontento social podían deslizarse masivamente, con una celeridad nunca antes vista, hacia el peligroso y antes no muy recorrido terreno de la interpe-lación política popular.³⁹

Esa fue, en efecto, la nota dominante de todo el período 1917-1920, según muchos autores el de mayor protagonismo y militancia popular de toda la historia anterior a la crisis de 1930: “panorama de creciente, multitudinaria y confusa agitación, [...] envenenada resaca de protesta”.⁴⁰ Por cierto, diversos grupos de trabajadores chilenos habían venido actuando reivindicativa y políticamente desde mucho antes, pero ese accionar nunca alcanzó ni el volumen, ni la resonancia, ni la continuidad de los años de la posguerra. Una prueba de ello fue el intenso proceso de sindicalización desatado a partir de 1917, cuyas expresiones máximas fueron la transformación de la Federación Obrera de Chile, a partir de 1917 protagonista de una marcada experiencia de expansión numérica y radicalización ideológica; y la fundación de la IWW, seccional chilena de la internacional anarco-sindicalista que empezó a actuar desde Valparaíso en 1918. La mayor fortaleza organizativa se tradujo también en una incrementada acción huelguística, la que alcanzó en este tiempo uno de sus índices históricos máximos. De acuerdo a las estadísticas compiladas separadamente por Manuel Barrera y Peter De Shazo, no siempre coincidentes entre sí, 1919 fue el año de mayor conflictividad laboral hasta la década de 1950.⁴¹ Pero la máxima expresión de este proceso fue sin duda la nombrada Asociación Obrera de Alimentación Nacional, entidad federativa integrada por múltiples organizaciones sociales y políticas que hizo pie en los problemas de carestía y desempleo para montar las mayores movilizaciones populares de que se tuviera memoria. La marcha silenciosa y taciturna de decenas de miles de trabajadores frente al Palacio de la Moneda representaba, según la sugerente expresión de Gonzalo Vial, la “cabalgata del monstruo”, que ahora sí comenzaba a inquietar en serio a elites y gobernantes.⁴²

³⁹ Crisóstomo Pizarro, *La huelga obrera en Chile*, Santiago, 1986, capítulo 4; De Shazo, ob. cit., pp. 159-161.

⁴⁰ Las palabras son de Gonzalo Vial, ob. cit., p. 601. Ver también De Shazo, ob. cit., pp. 146-178; Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Santiago, 1955, pp. 155-159.

⁴¹ De Shazo, ob. cit., pp. 164-165; Manuel Barrera, “Perspectiva histórica de la huelga obrera en Chile”, en: *Cuadernos de la realidad nacional*, núm. 9, Santiago, 1971, p. 133.

⁴² Vial, ob. cit., p. 600; Jobet, ob. cit., pp. 155-156.

En parte, esa mayor inquietud se fundaba en la presencia, en este ciclo de efervescencia popular, de un componente que al parecer no había tenido tanta importancia en otros anteriores: la amplificación de los discursos políticos e ideológicos más radicalizados. Estimuladas por la Revolución Soviética y la crisis aparentemente global del orden capitalista, las organizaciones hasta cierto punto precursoras que habían venido actuando en ese sentido antes de la guerra encontraron ahora un ambiente mucho más receptivo. Desde luego, éste también podía ser capitalizado por los líderes políticos tradicionales, sobre todo aquellos lo suficientemente visionarios como para darse cuenta de la inminencia, pero también las oportunidades, del advenimiento de la “política de masas”. Así lo demostró la campaña presidencial de Arturo Alessandri en 1920, quien inauguró una nueva era en la historia política nacional utilizando la efervescencia popular en provecho propio y cosechando nutridas acusaciones de “bolchevismo” y “maximalismo” en diversos sectores de elite.⁴³ En tal virtud, no era extraño que la alarma fuese aun mayor ante los verdaderos “bolchevistas” y “maximalistas” que aparentemente comenzaban a proliferar por todas partes. Porque éstos fueron los años en que una entidad ostensiblemente gremial como la Federación Obrera de Chile (FOCH), corriendo su congreso de 1919, se pronunciaba explícitamente por la abolición del sistema capitalista y su reemplazo por un Estado de los trabajadores, propósito que también compartía la anarquista IWW. Fue también entonces, concretamente en 1919 y 1920, cuando las celebraciones del 1° de mayo lograron convocar multitudes sin precedentes.⁴⁴ Y estos fueron los años, finalmente, en que el Partido Obrero Socialista lograba llevar sus dos primeros representantes al Parlamento (1921), meses antes de transformarse oficialmente en Partido Comunista de Chile.⁴⁵ A juzgar por todas esas señales, el peligro de que la sociedad chilena entrase en una espiral revolucionaria era mucho más que una mera visión alucinatoria.

Ello no obstante, y como se venía insinuando al menos desde 1914, los grupos dirigentes disponían de más de una estrategia para conjurar la amenaza. En el largo plazo, tal vez la más eficaz resultó ser la adoptada por el alessandrismo del año 20, y que también se manifestó paralelamente, desde el año anterior, en la aceleración de las diligencias encaminadas a dotar a Chile de un verdadero cuerpo de legislación social: si el sistema se las arreglaba para dar cabida —en la apariencia o la realidad— a las principales demandas populares, la peligrosidad de estas últimas debía diluirse sustancialmente.⁴⁶ En la agitada coyuntura de 1917-1921, sin embargo, lo que tendió

⁴³ Este tema ha sido tratado acuciosamente por René Millar en su libro ya citado *La elección presidencial de 1920*, y también por Virginia Krzeminski, “Alessandri y la cuestión social” y Sol Serrano “Arturo Alessandri y la campaña electoral ele 1920”, ambos en Claudio Orrego y otros, *Siete ensayos sobre Arturo Alessandri Palma*, ob. cit.

⁴⁴ De Shazo, ob. cit., pp. 158-159.

⁴⁵ Véase Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, Santiago, 1965.

⁴⁶ Este último tema ha sido tratado por De Shazo, y también específica y exhaustivamente por James E. Morris, en *Las elites, los intelectuales y el consenso*, Santiago, 1967.

a prevalecer fue la más antigua y probada fórmula de la represión. Ésta se hizo presente durante los años finales de la administración Sanfuentes a través de la Ley de Residencia de 1918, el asalto al local de la FOCH en Punta Arenas en 1920, o el “juicio a los subversivos” desatado bajo la cobertura de una amenaza de guerra con el Perú (la “guerra de don Ladislao”) a mediados de 1920.⁴⁷ Ni siquiera el gobierno de Alessandri renunció del todo a este recurso, cada vez que la marea revolucionaria amenazó sobrepasar su control de los acontecimientos: “se hallaba dispuesto”, afirma Gonzalo Vial, “a que la autoridad sirviese de puente entre obreros y empleadores, incluso a que presionase moderadamente del lado de aquéllos. Pero no toleraría la desviación revolucionaria”.⁴⁸

El clima confrontacional que se viene reseñando tuvo una de sus expresiones más dramáticas en los sucesos que se desarrollaron en la oficina salitrera San Gregorio. Enardecidos por la cesantía que nuevamente se desencadenaba sobre ellos, así como por la mala voluntad de muchos patrones para cancelarles sus correspondientes pasajes e indemnizaciones, un gran número de obreros, instigados al parecer por el Partido Obrero Socialista, se congregó en esta salitrera cercana a Antofagasta durante los primeros días de febrero de 1921. Se suscitó entonces un enfrentamiento con un destacamento militar, del que resultaron varias víctimas fatales de uno y otro bando. Culpando inequívocamente a los trabajadores, los informes emitidos por los agentes gubernamentales hacían reiteradas alusiones a entidades como “el soviet” o “el ejército rojo”, de las que se desprende una interpretación claramente política respecto del origen de los hechos. ¿No eran las provincias salitreras el principal bastión territorial de la Federación Obrera de Chile, y la cuna del Partido Obrero Socialista? ¿No sería Antofagasta la que, apenas unas semanas después de San Gregorio, finalmente lograra llevar a Luis Emilio Recabarren a la Cámara de Diputados, mientras que la vecina Tarapacá hacía lo propio con el también socialista Luis Víctor Cruz? ¿No había lamentado el vicario apostólico de esta última provincia, monseñor José María Caro, “el efecto que hace en los obreros la propaganda y la organización socialista”?⁴⁹ En ese contexto, la enseñanza que dejaba San Gregorio era que ni siquiera un gobierno socialmente sensible como el de Alessandri podía subvalorar el peligro “subversivo” que se ocultaba detrás del descontento popular. Y si hechos tan graves tenían lugar en la lejana pampa, ¿qué era lo que impedía que ocurrieran otros tanto o más graves en pleno corazón de la República, cuando la interminable crisis salitrera arrojaba continuamente a millares de cesantes sobre esas tierras? En un tiempo de radicaliza-

⁴⁷ Al respecto, un titular de *El Nacional* de Iquique (20 de agosto de 1920) afirmaba que “El oro extranjero ha estado alimentando los movimientos subversivos de nuestro país. - El Perú sería el principal instigador y sostenedor de la propaganda revolucionaria en Chile”. Véase también De Shazo, ob. cit., pp. 160-163, 180-185; Vial, ob. cit., vol. II, epílogo; y Jobet, ob. cit., pp. 155-156.

⁴⁸ Gonzalo Vial, ob. cit., vol. III, p. 237. Véase también De Shazo, ob. cit., pp. 188-194.

⁴⁹ La cita y el relato general sobre los hechos de San Gregorio han sido tomados de Gonzalo Vial, ob. cit., vol. III, pp. 230-237.

ción popular generalizada, el regreso de los pampinos podía convertirse en el más poderoso catalizador de pasiones demasiado largamente contenidas.

El material recopilado en esta investigación no permite por el momento emitir pronunciamientos demasiado categóricos en torno a estas interrogantes. Ello no obstante, en la sección que sigue se procurará al menos bosquejar los principales síntomas de “subversión” popular salitrera que se pueden detectar en los años de la pos-Primera Guerra Mundial, para lo cual se ha optado, por razones estrictamente metodológicas, por remitirse fundamentalmente a la provincia de Tarapacá. La radiografía que a partir de tal ejercicio se pueda construir servirá para precisar el bagaje conductual e ideológico que acompañó a los pampinos en su regreso al “Chile Viejo”, que era también aquél donde se magnificaban las luchas y se tomaban las grandes decisiones.

3. DONDE SE INCUBA LA REVOLUCIÓN

Desde muy temprano, la región salitrera demostró ser un escenario propicio para la efervescencia y la movilización popular. Sólo en lo que respecta a la provincia de Tarapacá, habría que recordar que un cuarto de siglo antes de los sucesos aquí tratados había surgido allí lo que eventualmente se transformó en la primera huelga general de la historia chilena.⁵⁰ Fue allí asimismo donde, al despuntar el siglo XX, se organizó la primera entidad sindical de carácter federativo, la Combinación Mancomunal de Obreros, y donde al terminar 1907 el movimiento trabajador sufrió una de sus jornadas más trágicas y multitudinarias: la matanza de la Escuela Domingo Santa María.⁵¹ Fue allí, por último, donde en 1912 Luis Emilio Recabarren fundó el Partido Obrero Socialista (POS), y donde el propio Alessandri inició, en la campaña electoral de 1915, su carrera como político “de masas”. De tal forma, cuando el término de la Primera Guerra Mundial dio paso a la etapa de agitaciones sociales reseñada en el apartado anterior, Tarapacá ya contaba con un historial bastante sólido sobre el cual podían edificarse acciones futuras.

Concluyendo 1917, por ejemplo, funcionaban en Iquique cuatro “sociedades en resistencia”, que agrupaban respectivamente a cargadores de puerto, lancheros, carreteros y panaderos, y que el prefecto de Policía caracterizaba con preocupación co-

⁵⁰ Véase mis artículos: “1890: Un año de crisis en la sociedad del salitre”, en: *Cuadernos de Historia* núm. 2, Santiago, 1982, y “El balmacedismo como mito popular: los trabajadores de Tarapacá y la Guerra Civil de 1891”, en Luis Ortega (comp.), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago, 1991.

⁵¹ Sobre la Mancomunal, véase Ximena Cruzat y Eduardo Devés, “El movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907”, 3 vols., mimeo, FLACSO, Santiago, 1981. Sobre la matanza de Santa María de Iquique, Eduardo Devés, *Los que van a morir te saludan*, ob. cit.

mo “exclusivamente de ataque contra el trabajo y el capital”.⁵² Aunque esta forma asociativa era favorecida particularmente por los anarquistas y anarco-sindicalistas, al menos una de ellas, el “Gremio de Lancheros”, contaba entre sus adherentes a los socialistas Elías Laferte y Pedro Sandoval, redactores del también socialista *Despertar de los Trabajadores*. Como se sabe, este periódico era el órgano oficioso del Partido Obrero Socialista, y era posiblemente hasta ese momento el de más larga y sostenida existencia entre los de su género.⁵³ El propio POS, aunque en ningún caso podía calificarse como un partido de adhesión masiva (en las elecciones parlamentarias de marzo de 1918 apenas obtuvo 1599 votos, para disgusto de sus militantes que arremetieron airadamente contra la indiferencia popular y la compra de votos practicada por los políticos tradicionales),⁵⁴ tenía en Iquique uno de sus principales bastiones a nivel nacional, potenciándose con el apoyo de una sociedad en que la clase trabajadora figuraba en una proporción inusualmente elevada. A través de su prédica y la de otras instituciones análogas, el público tarapaqueño de la posguerra ya estaba más que familiarizado con conceptos tales como “lucha de clases” y “revolución social”.⁵⁵ Incluso el historiador Peter De Shazo, en una obra altamente escéptica respecto de la relevancia del pensamiento y la acción política socialistas en estas etapas tempranas del movimiento obrero, ha reconocido que el norte salitrero habría constituido una excepción a este respecto.⁵⁶

Estas impresiones comienzan a solidificarse al analizar un movimiento huelguístico suscitado entre los cargadores y lancheros del puerto de Iquique a mediados de 1917, originado en una exigencia de las autoridades portuarias de Valparaíso en orden a que todo operario que se desempeñara en dicho puerto debía portar una credencial con su fotografía. Temerosos de que la identificación sólo fuese un pretexto para la confección de “listas negras”, los portuarios de esta última ciudad, conducidos por el líder anarquista Juan Chamorro, resolvieron paralizar sus labores, lo que

⁵² *Archivo Oficina del Trabajo*, vol. 37, “Nómina general de las Sociedades Obreras, Clubs, Centros Recreativos, etc., existentes en la Provincia, y confeccionada en esta fecha por la Prefectura de Policía (de Iquique), en cumplimiento al oficio de la Intendencia núm. 1630 de 27 de noviembre de 1917”.

⁵³ Véase Osvaldo Arias Escobedo, *La prensa obrera en Chile, 1900-1930*, Santiago, 1970, pp. 165-166. Sobre la correlación entre anarquismo y sociedades en resistencia, cf. De Shazo, ob. cit.; Mario Garcés D., *Crisis social y motines populares en el 1900*, Santiago, 1991, pp. 244-250; Eduardo Míguez y Álvaro Vivanco, “El anarquismo y el origen del movimiento obrero chileno, 1881-1916”, en: *Andes* núm. 6, Santiago, 1987.

⁵⁴ *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 5 y 6 de marzo de 1918. En las elecciones municipales celebradas un mes después, el candidato iquiqueño Elías Laferte apenas obtuvo 1341 sufragios, pero su correligionario de Pisagua Tomás Cordon sí resultó electo. *El Despertar de los Trabajadores*, 16 de abril de 1918.

⁵⁵ Véase sobre este tema Pierre Vayssièrre, “Militantisme et messianisme ouvriers au Chili á travers la presse de la Pampa nitríère (1900-1930)”, en *Caravelle* núm. 46, Toulouse, 1986.

⁵⁶ En todo caso, aun reconociendo esa especificidad regional, De Shazo asegura que los índices de movilización laboral del norte salitrero fueron siempre inferiores a los de Santiago-Valparaíso, aunque pueden haber sido más politizados; ob. cit., p. 197.

a su vez estimuló la solidaridad de todos sus compañeros “desde Punta Arenas hasta Arica”, según aseguraba la notificación oficial de adhesión al paro pasada a la Gobernación Marítima por la Sociedad Unión de Lancheros de Iquique –como se recordará, una de las “sociedades en resistencia” identificadas en un párrafo anterior–.⁵⁷ Permanecer indiferentes ante ese movimiento, afirmaban los lancheros iquiqueños, “sería traicionar nuestra propia causa”, pues “el decreto de la fotografía forzosa, [...] lo consideramos afrentoso para nuestra dignidad de hombres civilizados”. Ésta fue también la opinión del Sindicato de Cargadores, que se plegó a la huelga, al igual que sus similares de otros puertos de la provincia como Junín, Pisagua y Caleta Buena.

Pocos días después, el ministro del Interior comunicaba telegráficamente a los intendentes: “Obreros aceptan se les deje en libertad para retratarse por su cuenta y sólo en el caso de que ellos no puedan hacerlo en esa forma lo hagan los fotógrafos oficiales”, añadiendo por su cuenta que creía conveniente “no exigirles impresiones digitales”.⁵⁸ Los huelguistas tarapaqueños, sin embargo, “tuvieron la osadía de considerar apócrifo el telegrama recibido últimamente del Supremo Gobierno”, publicando lo que el intendente de esa provincia calificó como “un pasquín” cuyos titulares rezaban: “La farza Gubernativa, las autoridades Marítimas convertidas en vulgares farsantes, avisos fuera de verdad, etc.”⁵⁹ Esto a su vez llevó a dichas autoridades a un endurecimiento de su posición, destinando soldados de ejército y marinería para hacerse cargo de las paralizadas faenas.⁶⁰

Como una tentativa de evitar que los acontecimientos tomaran un giro aun más peligroso, el intendente de Tarapacá intentó una fórmula transaccional que flexibilizase el requisito de la fotografía, animado, según informaba a sus superiores en Santiago, por el “conocimiento que tengo del medio y del obrero en la zona salitrera”. Una vez más, sin embargo, los huelguistas se negaron a aceptar proposición alguna “mientras no se arreglen dificultades de Valparaíso, de donde reciben y esperan instrucciones”.⁶¹ Peor aún: las calles de Iquique comenzaron a llenarse de reuniones, desfiles y volantes inspirados, siempre según la autoridad, por un “espíritu rebelde y subversivo” y una implacable voluntad de “que los demás gremios obreros se plie-

⁵⁷ *Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique*, vol. 13-1917, gobernador Marítimo de Tarapacá a intendente, 1º de agosto de 1917. Sobre la huelga de Valparaíso, cf. De Shazo, ob. cit., p. 151. Antes (en 1913) había ocurrido un hecho similar entre los trabajadores de la Empresa de Ferrocarriles del Estado, que también relata De Shazo, ob. cit., pp. 137-139.

⁵⁸ *Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique*, vol. 13-1917, telegrama circular ministro del Interior a intendentes, 3 de agosto de 1917.

⁵⁹ *Archivo Intendencia de Tarapacá-Sección Iquique*, vol. 13-1917, telegramas de 4, 5 y 6 de agosto entre diversas autoridades.

⁶⁰ *Archivo Intendencia de Tarapacá-Sección Iquique*, vol. 13-1917, Comandancia en jefe de la Escuadra a intendente, 9 de agosto de 1917.

⁶¹ *Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique*, vol. 13-1917, telegrama de intendente a ministro del Interior, 8 de agosto de 1917.

guen a la huelga”.⁶² Decidida a terminar de una vez con la proliferación de “grupos de personas que recorren la población profiriendo expresiones condenables en contra de las autoridades o de los particulares”, la Intendencia instruyó a la policía que procediese a la detención de quienes

cometan desacatos contra la autoridad, exciten, dirijan o tomen parte en encerradas u otras reuniones ofensivas a alguna persona; ofendan públicamente el pudor con acciones o dichos deshonestos; alteren el sosiego público con rondas u otros esparcimientos nocturnos; disparen dentro de las poblaciones y en contravención a los reglamentos, armas de fuego, cohetes, petardos, u otros proyectiles; arrojen piedras u otros objetos en parajes públicos, con riesgo de los transeúntes, o lo hagan a las casas o edificios, en perjuicio de los mismos o con peligro de las personas.⁶³

Lejos de aplacar a los huelguistas, estas precauciones parecen haber tenido el efecto de enardecerlos. El día 23 de agosto, a casi un mes del inicio de la movilización, un atentado explosivo en la estación del ferrocarril provocó la muerte de un conscripto y lesiones graves en tres más, todos ellos ocupados en faenas de descarga que normalmente habrían realizado los participantes en el paro. Otra carga de dinamita fue descubierta antes de hacer explosión entre unos sacos de salitre que transportaba un vagón de ferrocarril hacia Caleta Buena.⁶⁴ Enfrentada a una situación ya del todo insostenible, la Intendencia dispuso el allanamiento del local que ocupaba el Sindicato de Cargadores, la prisión inmediata de los directores de la huelga, y la clausura de los periódicos *El Surco* y *El Despertar de los Trabajadores*, de tendencia anarquista y socialista, respectivamente. Los directores de estos medios fueron incluso sindicados como sospechosos de ser “algunos de los culpables del atentado que tuvo por resultado la muerte del conscripto Contreras”, al tiempo que se descubría un volante “sin pie de imprenta en que se injuria al Gobierno, a las autoridades y se incita a la huelga general violenta”.⁶⁵

Esta vez sí que las medidas parecen haber tenido efecto, pues para el 31 de agosto la huelga había llegado a su fin, quedando eliminados de las faenas portuarias un número indeterminado de obreros. Según un informe final redactado algún tiempo después por el intendente, la fórmula final de avenimiento fue la de “aceptar la fotografía en la misma forma de Valparaíso para los gremios similares”.⁶⁶ Por su parte, y

⁶² Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique, vol. 13-1917, telegrama intendente a ministro del Interior, 9 de agosto de 1917.

⁶³ Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique, vol. 8-1917, intendente a prefecto de policía, 22 de agosto de 1917.

⁶⁴ Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique, vol. 8-1917, intendente a comandante general de Armas, 23 de agosto de 1917; intendente a subdelegado de Caleta Buena, 25 de agosto de 1917.

⁶⁵ Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique, vol. 8-1917, intendente a prefecto de policía, 25 de agosto de 1917.

⁶⁶ Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique, vol. 13-1917, intendente a ministro del Interior, 7 de noviembre de 1917.

como un gesto de agradecimiento al sacrificio hecho en defensa de sus intereses, la Asociación Salitrera de Propaganda acordó indemnizar a los deudos del conscripto muerto con la no despreciable suma de \$10.000, mientras que a los tres heridos los destinó otra de \$3.000 para cada uno, plegándose también a la iniciativa, aunque con una erogación menor, la “Asociación Comercial de Iquique”.⁶⁷

No obstante el término aparente del conflicto, los ánimos iquiqueños tardaron bastante en enfriarse. En los días posteriores al arreglo la Intendencia fue inundada por denuncias de serenos y otros empleados administrativos de las firmas embarcadoras, quienes aseguraban estar siendo objeto de amenazas anónimas de muerte. La casa Gibbs & Co., por ejemplo, solicitó protección para sus serenos de noche Miguel Chávez y Buenaventura Álvarez, así como para su cuidador de lanchas Mateo Sanhueza, mientras que Luis Gustavo González, sereno de la bodega de Lockett Bros. & Co., aseguraba que “con motivo de la última huelga, elemento pernicioso me han amenazado por intermedio de anónimos que deben de asesinarne”.⁶⁸

Los directores de la huelga, por su parte, y pese al avenimiento supuestamente alcanzado, continuaron en su negativa a ser fotografiados, sin siquiera aceptar la oferta de emplear el telégrafo oficial “para que se comunicaran con sus colegas de otros puertos y se impusieran de cómo se está cumpliendo con este requisito”. Para explicar tal contumacia, el intendente hacía alusión a “la prédica sediciosa que diario hacen los agitadores”, así como a la impunidad en que había quedado el crimen del conscripto, en cuya virtud “los anarquistas, extranjeros y chilenos, se consideran autorizados para proseguir en su obra”. Y concluía advirtiendo que la tranquilidad que se vivía era sólo aparente:

Ello es sólo un período de descanso, que les permitirá acumular más fondos para sostener la resistencia en el momento más inesperado. Es tiempo que se dicte la ley de residencia, pues de lo contrario estos movimientos, con carácter netamente subversivo como el último, se producirán con más frecuencia y si ayer sucumbió un honrado e inocente conscripto, víctima del crimen cobardemente perpetrado, mañana caerán dos o tres más, desde que estos malos elementos se sienten alentados por la impunidad en que quedan sus acciones y atentados.⁶⁹

Si se ha relatado este movimiento con algún detalle es porque a través de él puede percibirse claramente el grado de enardecimiento y ruptura social que podía alcanzar un conflicto originado en algo aparentemente tan “abstracto” como un acto de solidaridad con trabajadores de otra ciudad, y también porque permite apreciar una

⁶⁷ *Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique*, vol. 8-1917, intendente a comandante del Regimiento Granaderos, 5 de septiembre de 1917.

⁶⁸ *Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique*, vol. 8-1917, Gibbs & Co. a intendente, 25 de agosto de 1917; Luis Gustavo González a intendente, 6 de septiembre de 1917.

⁶⁹ *Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique*, vol. 13-1917, intendente a ministro del Interior, 7 de noviembre de 1917.

estrategia, comúnmente asociada con las corrientes más extremas del anarquismo, que en la historia sindical chilena pocas veces alcanzó tales índices de violencia. Es interesante también considerar la intransigencia exhibida por los huelguistas y sus líderes, que los animaba incluso a desconocer un acuerdo formalmente suscrito y desafiar abiertamente a las autoridades. Hay que recordar que 1917 todavía fue un año de fuerte actividad económica, de modo que no era fácil para los sectores patronales ni para el Estado resignarse a una paralización demasiado prolongada de los embarques, como lo señalaba por lo demás en forma bastante explícita el intendente de la Provincia: "Mi opinión es que no conviene por ahora [hacer cuestión del incumplimiento del acuerdo], para no perturbar la industria que da mejores entradas al estado y para no dar pretexto a los agitadores que están siempre buscando un motivo para lanzar a los obreros a la huelga".⁷⁰ Por último, debe tomarse nota de la influencia que se atribuía a los supuestos "agitadores" que las autoridades vinculaban a periódicos anarquistas como *El Surco* o socialistas como *El Despertar de los Trabajadores*, y que actuaban en consonancia con organismos gremiales que, aun sin ser formalmente legales, actuaban permanentemente y a la luz del día. ¿A tanto llegaba, cuando aún no finalizaba la Gran Guerra en Europa ni se habían producido los hechos revolucionarios en Rusia, el arrastre de tales ideas entre los trabajadores de Tarapacá?

El carácter mucho más pacífico de las principales movilizaciones populares de 1918 parece hasta cierto punto desmentir tales sospechas, pero estos actos de todas maneras revelan el arraigo de un discurso "clasista" y la capacidad de movilización de lo que podría denominarse la "izquierda" regional. Como se dijo en la sección anterior, la espiral inflacionaria desatada en los últimos años de la guerra había hecho del precio de los artículos de primera necesidad uno de los principales motivos de descontento popular. En el caso de Tarapacá, ya en agosto de 1918 el periódico *El Nacional*, decano de la prensa iquiqueña que hacia la época ostentaba una orientación liberal "progresista", denunciaba que "Chile es hoy en día, el país en el continente donde la vida cuesta más cara" y censuraba "la ninguna intervención que el problema ha merecido del gobierno".⁷¹ Un mes exacto después de la aparición de este artículo, Iquique era escenario de un comicio público convocado por "los obreros y empleados de la Provincia de Tarapacá" con el objeto de elevar al gobierno una serie de peticiones encaminadas a "mejorar la condición económica de los trabajadores" y "abaratarse los consumos".⁷² Entre los considerandos del documento que formalizó esta acción se afirmaba "Que el precio de los artículos importados y de los nacionales, ambos extraordinariamente elevados, casi todos al triple del valor que tuvieron antes de la guerra, no corresponde en realidad al alza experimentada en Euro-

⁷⁰ *Ibid.*

⁷¹ *El Nacional*, 8 de agosto de 1918.

⁷² Las conclusiones del comicio y la lista de peticiones han sido reproducidos en *Archivo Oficina del Trabajo*, vol. 40, intendente de Tarapacá a ministro del Interior, 13 de septiembre de 1918.

pa con motivo del conflicto, sino que este hecho ha dado margen a una usura desmedida de los grandes industriales, agricultores y comerciantes importadores, y que prueba este aserto el enorme incremento que han tenido en los últimos años las fortunas privadas". Fruto de tales abusos, continuaba la representación, "la situación de la clase trabajadora es bajo todo punto insostenible y desesperada, lo que da lugar al aumento de la mortalidad, la prostitución y la criminalidad". Por lo demás, había que considerar "que por lo común la clase patronal basa sus utilidades en la explotación extralimitada del salario de los trabajadores y no en la organización inteligente del trabajo y con aplicación de modernos procedimientos", a diferencia de lo que estaba sucediendo en economías más avanzadas como la estadounidense. Finalmente, remachaban los "obreros y empleados de Tarapacá", el gobierno no debía olvidar sus responsabilidades hacia el pueblo, "que por medio del trabajo produce el incremento de la riqueza nacional y la de los patrones".

Este sugerente documento, al que se acompañaba una serie de peticiones específicas relativas a jornada de ocho horas, restricción de la inmigración de trabajadores extranjeros, reglamentación del sistema de enganches, prohibición del pago en fichas o vales, realización de obras públicas para generar empleo, y medidas varias encaminadas a abaratar el precio de las subsistencias, fue suscrito por centenares de hombres y mujeres tanto de Iquique como de las oficinas salitreras.⁷³ En una de las hojas de firmas, individualizada como procedente de la oficina *Santa Lucía*, una mano anónima escribió lo siguiente: "Como lavida sease Imsosportable por lacarestia de todos los haticulos tanto de consumo como devestir enmos hacordado varios Ciudadanos quesentimo el latigo del rigor i emprotesta firmamos. - Varios Obrero". Lo que no aparecía por ninguna parte era algún indicio que permitiese identificar a los organizadores del evento, aunque el lenguaje y el tono de la representación indicarían que se trataba de personas instruidas y con cierto manejo del ideario socialista. Considerando el desenlace de la huelga marítima del año anterior, llama entonces la atención que el comicio haya transcurrido en un clima de absoluta tranquilidad, suscitando incluso el apoyo formal de la primera autoridad provincial, quien en informe a sus superiores declaró encontrar "muy atendibles las consideraciones que hacen valer los solicitantes". Éste era el mismo intendente que menos de un año antes había prevenido al gobierno contra la acción de anarquistas y subversivos.

La explicación para esta aparente paradoja puede radicar en la disposición que ahora se exhibía de peticionar "respetuosamente" al gobierno más que a insultarlo o llamar abiertamente a la subversión, como habría ocurrido en la huelga portuaria. Tras este deslizamiento táctico podría incluso adivinarse un cambio de conducción del movimiento, desde los anarquistas, invariablemente contrarios a cualquier diálogo o transacción con los poderes establecidos, hacia los socialistas,

⁷³ Las hojas de firmas que figuran junto al documento alcanzan el número de 50, lo que permite una estimación de varios miles de firmantes.

un poco más dispuestos a funcionar dentro del sistema. Como sea, esta disposición "pacífica" caracterizó a todos los "mítines del hambre" convocados a nivel nacional por la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional entre noviembre de 1918 y agosto de 1919, de los cuales el comicio iquiqueño aparece como un interesante precursor. Como se sabe, la iniciativa para la organización de la AOAN había nacido del seno de la FOCH, y aunque los anarquistas se plegaron a ella, nunca se sintieron del todo cómodos con su carácter "disciplinario" o su prontitud para dialogar con el Estado.⁷⁴ Ello no obstante, el discurso de la Asamblea fue siempre de un decidido clasismo, y existen pocas dudas de que su masividad (el comicio santiaguino de agosto de 1919 congregó unos cien mil manifestantes) alarmó a los sectores dirigentes como pocos episodios anteriores de movilización popular, llevando a *El Mercurio* de Santiago, por ejemplo, a calificar este fenómeno como "el comienzo de una nueva era para Chile, en que el pueblo comienza a participar directamente en los asuntos de interés nacional".⁷⁵ En términos de su proyección última, la agresividad exhibida por los huelguistas de 1917 podía a la postre resultar menos preocupante que la aparente pero multitudinaria deferencia de los manifestantes de 1918.

Es verdad que la inquietud popular también podía tomar cauces distintos, y por ende menos peligrosos para la estabilidad del sistema, a los definidos por la solidaridad de clase. A fines de 1918, el violento advenimiento de la crisis salitrera hizo de la cesantía un problema al menos momentáneamente más urgente que la carestía de la vida, provocando un sugerente desplazamiento de las hostilidades proletarias. Promediando el mes de diciembre, Tarapacá experimentó una explosión generalizada y simultánea de disturbios populares dirigidos en contra de la numerosa población peruana, a la que se acusaba de monopolizar los empleos de los cuales se estaba despidiendo en masa a sus congéneres chilenos. Esta situación, que contó como protagonistas a las "Ligas Patrióticas" que ya habían provocado actos antiperuanos en años anteriores⁷⁶ tuvo ahora como resultado la expulsión masiva de trabajadores peruanos (una nota periodística de febrero de 1919 habla de 5.443), y hasta la huida del cónsul general de ese país en Iquique, motivada al parecer por amenazas proferidas en su contra.⁷⁷ Los desórdenes adquirieron particular gravedad en Pisagua, donde en reiteradas oportunidades "el elemento perverso que desde algún tiempo a esta parte

⁷⁴ La historia de la AOAN y de sus proyecciones y divisiones internas ha sido resumida en De Shazo, ob. cit., pp. 159-164.

⁷⁵ *El Mercurio* (Santiago), 30 de agosto de 1919, citado en De Shazo, ob. cit., p. 162.

⁷⁶ Sergio González Miranda se encuentra actualmente realizando un estudio exhaustivo sobre estas Ligas, que pronto debería rendir resultados publicados. Un adelanto en tal sentido es Sergio González, Carlos Maldonado y Sandra McGee Deutsch, "Las Ligas Patrióticas: Un caso de nacionalismo, xenofobia y lucha social en Chile", *Canadian Review of Studies in Nationalism*, vol. XXI, núms. 1-2, 1994.

⁷⁷ Un expediente completo sobre estos hechos figura en el vol. 13-1917 del *Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique*. La cifra de peruanos "repatriados" aparece en *El Nacional*, 21 de febrero de 1919.

se ha radicado en este puerto”, según el juicio del prefecto de Policía, agredió a ciudadanos peruanos y asaltó sus propiedades.⁷⁸ Curiosamente, al mismo tiempo que se desarrollaban estos hechos, las casas salitreras que operaban en Pisagua resolvieron declarar un “lock-out”, según ellas a raíz de que “gremios trabajadores producen cada día mayores dificultades y exigencias”, incitados por “elementos perniciosos y subversivos”. Exhortados a exponer los fundamentos de tal decisión ante una comisión mediadora designada por la autoridad, los jefes de casa expusieron que

se habían visto obligados a acordar el lock-out, por estar ya cansados con las frecuentes huelgas que se producían a diario casi, causadas por el elemento extraño o revoltoso, que explota a los obreros. Que estas dificultades originadas un día por un gremio, lo era al siguiente día por otro, a veces por causas nimias saliendo muy tarde al trabajo, negándose a obedecer las órdenes de los Capataces, negándose a veces a trabajar de sobretiempo, etc., lo que perjudicaba grandemente sus intereses y los de las naves, cuya consignación tenían.⁷⁹

En consecuencia, se negaban terminantemente a deponer su “lock-out” mientras no se les permitiera “formar nuevas cuadrillas, eliminando de ellas al elemento perturbador”.

Por su parte, los representantes de los gremios declararon hallarse dispuestos a no interrumpir las faenas, bajo la sola condición de que no se eliminara “a ningún obrero que estuviera matriculado”, o por último que de tomarse tal medida sólo se hiciera “de acuerdo a sus antecedentes, de los cuales debía haber constancia en la Subdelegación Marítima, porque ellos creían que este lock-out no reconocía más causas que la falta de salitre en las bodegas”, motivada, desde luego, por la crisis que se comenzaba a desplegar.⁸⁰ Logrado finalmente un avenimiento en base a ciertos compromisos de los obreros y algunas concesiones menores de los patrones en cuanto al peso máximo de los sacos, la autoridad notificó a un grupo de los primeros “que se les eliminaría en el acto, si se producen nuevas dificultades”.

Más allá del evidente interés patronal de aprovechar un período de baja para deshacerse de los “malos elementos”, lo que confiere interés a este incidente es su entrecruzamiento con las cuestiones de índole nacionalista que se venían suscitando simultáneamente en el mismo puerto de Pisagua. Así, un oficial del ejército enviado por la intendencia para restablecer el orden informaba a sus superiores que

la situación de este departamento y el malestar que constantemente hay en él creo se debe a [que] [...] las oficinas salitreras que sacan sus productos por este puerto, tie-

⁷⁸ Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique, telegrama del gobernador de Pisagua a intendente, 3 de diciembre de 1918; prefecto de policía a gobernador de Pisagua, 20 de diciembre de 1918.

⁷⁹ Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique, vol. 13-1917, gobernador Marítimo de Tarapacá y comandante del crucero Esmeralda a intendente, 16 de diciembre de 1918.

⁸⁰ *Ibid.*

nen, según informes recogidos, un numeroso personal de empleados peruanos y de trabajadores de la misma nacionalidad. Esto hace que exista un sordo y constante desagrado entre el elemento nacional que se ve excluido del trabajo y, como muchos dicen, hostilizados por los empleados peruanos. Las últimas incidencias entre la gente de mar y las casas representantes de oficinas salitreras obedecen a mi juicio al descontento e irritación de nuestros connacionales porque, sobre todo ahora, se continúa teniendo personal peruano.⁸¹

De hecho, uno de los compromisos explícitamente adquiridos por las casas embarcadoras ante la comisión mediadora había sido el de “no emplear peruanos en sus faenas”. Más significativo aún fue que entre los promotores de los disturbios anti-peruanos ocurridos el 19 de ese mismo mes hayan figurado como cabecillas Luis Santibáñez Carrasco, alias “El Maucho”, y Benito Rojo, alias “El Mariposa”, ambos incluidos en la lista de cargadores advertidos de despido al término del conflicto portuario, como lo estaba también el lanchero Nicolás Ulloa, aprehendido junto a los otros dos por la policía. Una vez en la cárcel, estos y otros individuos intentaron fugarse “haciendo alarde de su calidad de trabajadores y de su honradez, que según ellos es completa”.⁸² Llegadas las cosas a ese extremo, las firmas exportadoras resolvieron simplemente eliminar de las faenas a “diez individuos que constituyen un mal elemento para el trabajo”, con lo que la situación finalmente se tranquilizó.⁸³ Considerando, por su parte, que las hostilidades antiperuanas habían llegado demasiado lejos, el intendente de la provincia exhortó “una vez más a los sentimientos de orden y patriotismo de los obreros chilenos y del pueblo en general para pedirles tranquilidad y respeto a las personas y propiedades de los extranjeros cualquiera que sea su nacionalidad”.⁸⁴ Haciendo una curiosa interpretación de estas palabras, *El Nacional* aseguraba en un editorial publicado pocos días después que la “supuesta expulsión de los trabajadores peruanos” sólo obedecía al fenómeno general de cesantía, siendo toda afirmación en contrario simples “maquinaciones calumniosas del Perú, para desprestigiar en el exterior el nombre de Chile”.⁸⁵ Aunque faltaban todavía dos años para la “guerra de don Ladislao”, las pasiones nacionalistas ya se hallaban evidentemente desatadas.

La recesión de 1919 tuvo un efecto previsiblemente debilitador sobre las manifestaciones obreras tarapaqueñas. En los primeros días de febrero, por ejemplo, la

⁸¹ Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique, vol. 13-1917, intendente a ministro del Interior, 14 de diciembre de 1918.

⁸² Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique, vol. 13-1917, prefecto de policía a gobernador de Pisagua, 20 de diciembre de 1918.

⁸³ Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique, vol. 13-1917, telegrama gobernador de Pisagua a intendente, 26 de diciembre de 1918.

⁸⁴ Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique, vol. 13-1917, fragmento manuscrito sin fecha.

⁸⁵ *El Nacional*, 11 de enero de 1919.

AOAN convocó a su primera manifestación a escala nacional, lo que en las provincias del centro motivó al gobierno a declarar su primer estado de sitio desde 1894.⁸⁶ En Iquique, sin embargo, lo que *El Nacional* calificó como “la cordura obrera” hizo innecesaria la implantación de tal medida, pues todo el mundo salió normalmente a trabajar.⁸⁷ En general la tranquilidad se mantuvo a lo largo de todo el año, sin perjuicio de algunas señales indicativas de que el espíritu contestatario sólo había entrado en una latencia relativa. Así, en agosto se organizó en Iquique una “Liga de Arrendatarios” precursora de las que iban a actuar en Santiago y Valparaíso en la primera mitad de los años veinte.⁸⁸ Aduciendo “la situación en que están los obreros y empleados por la paralización de la industria” y “el efecto moral y social terrible que tiene en las familias la carestía de los arriendos”, la Liga se presentó ante las autoridades solicitando su intervención para obtener de los propietarios una rebaja del 50% en los cánones. Encabezaba las firmas el dirigente socialista y cronista de *El Despertar de los Trabajadores*, Luis Víctor Cruz, quien saldrá electo dos años después como primer diputado socialista por Tarapacá.⁸⁹

En esos mismos días Cruz figuró también públicamente como uno de los directores del comicio que, a instancias de y con simultaneidad al último “Mitin del Hambre” convocado por la AOAN, elevó al gobierno las aspiraciones de justicia del pueblo de Iquique, y que según *El Nacional* logró congregar —a diferencia de febrero— a una “inmensa concurrencia”.⁹⁰ “La región norte”, afirmaban las conclusiones de esta manifestación, “es la que soporta con mayor rigor la profunda crisis económica porque atraviesa nuestro país”, y por ende necesitaba más que ninguna otra de medidas gubernamentales que paliaran la carestía y generaran más empleos —entre estas últimas el dictado de una ley “que regularice, a lo menos, en un 70% la ocupación de obreros chilenos en todas las faenas de la región salitrera”—. En un gesto altamente simbólico, el máximo director del comicio y encargado de entregar sus conclusiones a la autoridad fue Joaquín Brito, presidente de la Sociedad de Veteranos de la Guerra del Pacífico. Como tantas otras veces, nacionalismo y clasismo volvían a presentarse en compleja asociación.⁹¹

La reactivación del mercado salitrero y su consiguiente falta de brazos configuraron hacia 1920 un nuevo panorama social, mucho más propicio para las reivindi-

⁸⁶ De Shazo, ob. cit., p. 162.

⁸⁷ *El Nacional*, 7 de febrero de 1919.

⁸⁸ En rigor, ya en 1914 habían existido asociaciones de este tipo en el centro del país, aunque sin alcanzar la masividad de años posteriores; cf. De Shazo, ob. cit., p. 134. Sobre el tema general de las ligas y movilizaciones de los arrendatarios, véase Vicente Espinoza, *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Santiago, 1988, especialmente sus capítulos 2 y 3.

⁸⁹ *Archivo Intendencia de Tarapacá-Colección Iquique*, vol. 12-1918, Liga de Arrendatarios de Iquique a intendente, 22 de agosto de 1918.

⁹⁰ *El Nacional*, 29 y 30 de agosto de 1919.

⁹¹ Esta idea ha sido trabajada para un período anterior en Julio Pinto V. y Verónica Valdivia, “Peones chilenos en tierras bolivianas: la presencia laboral chilena en Antofagasta (1840-1879)”, en *Población y Sociedad* núm. 2, Tucumán, 1994.

caciones obreras. A diferencia del año anterior, en éste la actividad huelguística llegó a tal intensidad que *El Nacional* comenzó a sacar una sección titulada “La huelga del día”. También fue diferente el clima que se fue generando en torno a estos movimientos, mucho más áspero y confrontacional que el que había imperado durante la recesión. Así, a raíz de una acción de protesta estallada en la oficina salitrera *Granja* por el despido del obrero José Díaz, el intendente de la provincia se sintió en la necesidad de convocar a toda la prensa iquiqueña para “conversar sobre los problemas obreros de Tarapacá”. “Ningún poder legal –argumentó allí la autoridad– puede imponer al patrón o al capital este o aquel trabajador, como ningún poder puede, a la inversa, obligar a un operario a que trabaje en esta o aquella faena”.⁹² En defensa del obrero despedido salió el ya varias veces nombrado Luis Víctor Cruz, quien aparte de identificarlo como “hombre de buenos hábitos” aprovechó la ocasión para pedir al resto de sus colegas periodistas “una campaña en bien de los trabajadores de la Pampa, para conseguir que se les mejore sus salarios y condiciones de vida. Hay necesidad, también, de combatir los vicios que en la Pampa están matando la raza”. El intercambio fue rápidamente clausurado por el intendente, quien aseguró que tanto el gobierno como los propios empresarios estaban fuertemente empeñados en atender al bienestar de los trabajadores.

Luego de este todavía bastante civilizado comienzo, la proliferación y recurrencia de las huelgas endureció las posiciones cada vez más. Aunque sin abandonar su postura ostensiblemente favorable a los trabajadores y a la conveniencia de promover reformas sociales, a la postre armoniosamente acoplada al discurso electoral alessandrista, *El Nacional* comenzó a aludir con creciente frecuencia a la acción disolvente de “anarquistas” y “agitadores”. Con ocasión de un paro de 24 horas realizado en abril, un columnista de ese diario lamentaba que las peticiones obreras estuviesen apartándose “de sus fines sanos y legítimos” por “obra del agitador de oficio en amenaza contra la propiedad ajena, representada en este caso por los derechos inviolables que tiene el patrón dentro de sus dominios”.⁹³ El “proceso a los subversivos”, desencadenado por la saliente administración Sanfuentes en medio de la fiebre belicista que antecedió a la elección presidencial, dio motivos adicionales para ese tipo de discurso. “Somos vivos, ardientísimos partidarios de la reforma democrática –aseguraba un editorialista de *El Nacional* en su edición del 8 de septiembre– pero no somos indignos sediciosos de la integridad del suelo patrio ni claudicantes ni claudicadores de la idea patria –sentimiento éste que es alma y vida, nervio y plataforma de un país–”. “La democracia industrial integral –se argumentaba en otro artículo condenatorio del anarquismo y la IWW– no puede existir en un medio ambiente prohibitivo de ignorancia y animosidad recíproca de obreros y patronos”.⁹⁴

⁹² *El Nacional*, 13 de febrero de 1920.

⁹³ *El Nacional*, 12 de abril de 1920.

⁹⁴ *El Nacional*, 11 de septiembre de 1920.

Ya ascendido Alessandri a la presidencia, y por tanto supuestamente despejados los últimos elementos que podían servir de pretexto para la agitación subversiva, el tono se hizo aun más estridente. En una nota de febrero de 1921, coincidente con los sucesos de San Gregorio, *El Nacional* aplaudía calurosamente el mote de “canalla subversiva” con que el nuevo mandatario se refería “a toda aquella turba-multa de degenerados mentales, que se han echado sobre los hombros la pesada labor de desviar la conciencia popular”.⁹⁵ En un artículo de análoga intención, titulado “Obreros y agitadores”, se profundizaba más en la perniciosa conexión que se daba entre estos dos grupos:

Nuestros obreros [...], sin hábitos de ahorro, sin instrucción alguna, sin familia, sin satisfacciones de orden moral, están dispuestos a dar crédito a cualquier audaz o extranjero que tiene habilidad para expresarse y que ha leído algunos libros anarquistas, comunistas o sindicalistas, cuyas ideas jamás han sido puestas en práctica y que muchas veces olvidan en medio de sus fantasías los más fundamentales de los instintos humanos. Entre elementos obreros de esta clase es fácil conquistar adeptos para cualquier idea extravagante o perniciosa, y es tarea sumamente difícil, en cambio, contrarrestar sus efectos, ya que no se cuenta con casi ningún medio para ello.⁹⁶

En el campo contrario se producían expresiones no menos enérgicas. Luego de una paralización exitosa de sus faenas en pos de mejoras salariales, los trabajadores del Ferrocarril Salitrero agremiados en la Gran Federación Ferroviaria realizaron una celebración en la que su secretario general, Arturo Espinoza, pronunció las siguientes palabras:

Unidos todos los trabajadores en las Federaciones Obreras y en los gremios, serán la fuerza propulsora propia y directa que harán rescatar y prevalecer sus derechos impidiendo así, que la clase patronal usufructúe por más tiempo lo que verdaderamente no le pertenece.

Compañeros: el capital no existe por la fuerza propia. Es el trabajo del ser humano quien lo produce todo. Sin el trabajo humano no existiría ni capital ni riquezas. Sosteniendo estos principios de razones poderosas basadas en los estudios sociológicos y filosóficos nos demuestran en las luchas sociales modernas la verdadera orientación a la juventud pensante a luchar por la causa de nuestros legítimos intereses, buscando plétoricos de entusiasmo esa justicia y por esta causa nos lanzamos convictos y visionarios a la palestra para defender a nuestros organizados de las acechanzas de nuestro enemigo común llamado el capital.⁹⁷

No habían transcurrido dos meses desde este discurso cuando los ferroviarios de Tarapacá volvían a declararse en huelga, la que al prolongarse por más de un mes pro-

⁹⁵ *El Nacional*, 13 de febrero de 1921.

⁹⁶ *El Nacional*, 18 de marzo de 1921.

⁹⁷ *El Nacional*, 18 de octubre de 1920.

vocó serios problemas de abastecimiento en toda la provincia. A medida que la tensión subía, en medio de incidentes protagonizados por los huelguistas y amenazas de la empresa afectada de interponer una reclamación diplomática, el recién estrenado gobierno de Arturo Alessandri se sintió obligado a “preocuparse intensamente de los incidentes obreros producidos en la región norte del país”, terminando eventualmente por ordenar la reanudación de las faenas, “usando, si es preciso, la fuerza de línea, tanto para hacer correr los trenes como para resguardar que el orden no sea alterado”.⁹⁸ Analizando los hechos en un ánimo más reflexivo, un articulista observaba que

Durante los últimos tiempos, la instrucción y el ejemplo dado por el proletariado del mundo, la situación financiera delicada que se creó con la guerra y las corrientes de innovación que invadieron todos los campos de la actividad, han hecho que el torrente de los anhelos populares fuera acrecentándose poco a poco. Faltos de previsión, los gobernantes, en vez de ensanchar el cauce de este torrente, han ido colocando escollos y barreras, para detener el avance de ideales que nacieron de la necesidad y de la conciencia del valer. Estos escollos, no supieron contener esta marcha de aspiraciones de mejoramiento, sino que por el contrario, hicieron aumentar la intensidad de la presión. Las murallas de defensa que constituían el cauce en donde los gobiernos habían contenido los anhelos de los trabajadores, han cedido y la corriente se ha desbordado inundándolo todo.⁹⁹

Como en simbólica comprobación de tales juicios, el 21 de diciembre de 1920 se congregó frente a la Escuela Domingo Santa María “una cantidad enorme de obreros [...] para rememorar la matanza del 21 de Diciembre de 1907”. Hablaron allí anarquistas como Juan Tabilo, dirigente de la Federación Obrera Marítima, y socialistas como Elías Laferte, en nombre de la Unión Artes Gráficas y del “Comité pro-Monumento al Obrero”, así como dirigentes del Gremio de Jornaleros Marítimos, de la Unión de Lancheros, de la Unión de Cargadores, de la Federación Obrera Femenina de Oficios Varios, de la Federación Obrera de Chile, de la Federación Ferroviaria –a punto de ir nuevamente a la huelga–, de los “Obreros Organizados de Oruro”, de los maquinistas en calzado, carreteros, carpinteros, panaderos y otros.¹⁰⁰ Algunos meses después, los habitantes de esta misma región elegían al tantas veces nombrado Luis Víctor Cruz como representante socialista a la Cámara de Diputados, a la vez que dotaban a Iquique de su primer municipio socialista con una mayoría de cinco regidores, de entre los cuales se eligió como primer alcalde a Pedro J. Portillo, “esforzado obrero”.¹⁰¹ Fue así como, al comenzar una vez más las penurias para la industria del salitre, los cesantes que descendie-

⁹⁸ *El Nacional*, 25 de diciembre de 1920; 18, 19, 21, 22, 27 y 31 de enero de 1921.

⁹⁹ “Pericles”, en *El Nacional*, 25 de enero de 1921.

¹⁰⁰ *El Nacional*, 22 de diciembre de 1920.

¹⁰¹ *El Nacional*, 4 de agosto de 1921.

ron a Iquique buscando refugio en los albergues y “ollas del pobre” se encontraron con un gobierno local regido por “cinco obreros salidos de las propias filas de los indigentes de hoy”.¹⁰² Pese a los esfuerzos en su favor, muchos de esos indigentes sólo pudieron permanecer en Iquique por un tiempo, continuando luego su viaje hacia las provincias del sur. ¿Llevarían consigo el legado “subversivo” acumulado y templado en los cinco últimos años?

4. REFLEXIONES FINALES: EL EFECTO MULTIPLICADOR

La tradicional noción del efecto catalizador que habrían tenido los trabajadores pampinos sobre las percepciones discursivas y las prácticas organizacionales de la clase obrera chilena ha sido puesta en tela de juicio por autores como Peter De Shazo, quien cuestiona tanto la precedencia como la relevancia de tales actores dentro del contexto nacional. En las páginas anteriores se ha intentado terciar en este debate no por la vía de desconocer la existencia de conductas “clasistas” o “interpelativas” en otros centros urbanos o laborales del país —en ese orden, el trabajo de De Shazo y otros ha demostrado que tampoco es saludable desestimar esa dimensión del proceso— sino más bien por la de recuperar, a través de una visión más “microscópica”, lo que la tesis tradicional, que no en vano ha sido incorporada y preservada en una memoria histórica mucho más amplia que la definida por los historiadores de oficio, tenía de valioso. Y si lo que fluye de tal mirada no puede en ningún caso tomarse como definitivo, sí aporta algunos antecedentes que indican que esa memoria no estaba del todo equivocada.

Se ha podido constatar, por ejemplo, que durante el período estudiado los sectores más “confrontacionales” o “revolucionarios” que entonces actuaban en la política nacional —no sólo los socialistas, sino también los anarquistas y sindicalistas— tuvieron en Tarapacá una presencia sólida y continuada, que incluso resistió a momentos de fuerte endurecimiento oficial. De igual forma, y esto tal vez sea más importante, se ha podido comprobar que tales sectores tuvieron una importante representación en los organismos propiamente populares, contando entre sus filas a dirigentes gremiales y sociales cuyas credenciales obreras desmienten la noción, tan difundida en la época, que atribuía la radicalización de las masas a la acción de agitadores extraños a la clase obrera y al propio país. Más aún: la enorme capacidad de convocatoria exhibida por estos sectores a lo largo del quinquenio analizado revela que su “oferta discursiva” no era asimilable solamente por supuestas “aristocracias obreras”, sino que, al menos en esa caldeada coyuntura, también ejercía algún efec-

¹⁰² *El Nacional*, 25 de agosto de 1921.

to sobre “las masas”, quienes de a poco fueron familiarizándose con nociones como “lucha de clases”, “socialismo” y “revolución”.

Es claro que ese actor social, esos miles de hombres y mujeres alternadamente atraídos y expulsados por el norte salitrero, no se fundieron en la propuesta ideológica y el modelo conductual de los revolucionarios de una manera absoluta e incondicional. A través de la historia humana ésa ha sido raras veces la norma, aun en épocas, como la que aquí se considera, de fuertes proyecciones utópicas y protagonismos populares. Pero lo que importa para los efectos de este debate es que sí estuvieron dispuestos a escucharla, y a seguirla. Y no existe ninguna razón para pensar que tal disposición sólo fuese operativa en el norte salitrero, o que no pudiese resultar igualmente atractiva, siempre en ese contexto de crisis sistémica que, en rigor, no se disipó hasta los años treinta, para otros actores populares a quienes los pampinos encontraron en su prolongado deambular. Ya para la crisis de 1919, el jefe de la Oficina del Trabajo se había sentido en la necesidad de advertir a los intendentes de las provincias del norte que

Durante los meses transcurridos del presente año han llegado a Santiago más de 12 mil obreros, procedentes de las regiones del Norte del país, muchos de ellos con sus familias y la Oficina de mi cargo [...] ha tropezado con dificultades graves, entre las que merecen especial atención aquéllas originadas por elementos extraños, imposibles de distinguir, que se mezclan a los obreros venidos del Norte, sea con el propósito de aprovechar las franquicias que a éstos concede el Supremo Gobierno, sea con el objeto de producir perturbaciones en el buen funcionamiento del Servicio.¹⁰³

Dos años después, los “elementos extraños” alcanzaban un número suficiente como para que la FOCH organizase en los albergues de Santiago un consejo de “oficios varios”, que contribuyó fuertemente a engrosar las manifestaciones de protesta convocadas por esa organización. En noviembre de 1921, ese consejo incluso participó en un conato de toma de tierras que ha sido sindicado como una de las primeras expresiones concretas de movilización social en el campo, sugiriendo hasta dónde podía llegar el mal ejemplo de los pampinos.¹⁰⁴ En una veta análoga, aunque menos espectacular, un agricultor del valle de Aconcagua se quejaba por ese mismo tiempo del comportamiento de unos trabajadores pampinos que le había enviado la Oficina del Trabajo, y que se habían presentado advirtiendo que “se les debía dar muy bien de comer porque ‘don Arturo’ (Alessandri) así lo hacía con ellos en Santiago, dándoles alimento de primera clase por lo que ni siquiera les hacía falta el trabajo”. Rápidamente decepcionados de las condiciones laborales y salariales que se les ofrecían, los flamantes contratados hicieron abandono del predio.¹⁰⁵ En vista de tales hábitos y

¹⁰³ *Archivo Oficina del Trabajo*, vol. 58, jefe suplente a intendentes, 19 de julio de 1919.

¹⁰⁴ Estos antecedentes han sido relatados por Gonzalo Vial en el volumen III de su *Historia de Chile* (1891-1973), pp. 229-230, y por el propio De Shazo, ob. cit., p. 194.

¹⁰⁵ *Archivo Oficina del Trabajo*, vol. 71, carta de Los Andes, Chacra Santa Rosa, 14 de marzo de 1921.

conductas, ¿era acaso extraño que la Federación Obrera aprovechara la presencia circunstancial en la capital de veinte mil cesantes procedentes de una región en que ella tenía un reconocido arraigo, y que no tenían por el momento nada que hacer, y muy poco que perder? Y por otra parte, ¿quién podía aventurar lo que sucedería si esa presencia se transformaba de circunstancial en permanente? Ésa fue la respuesta que aportaría, apenas diez años después, la crisis terminal del ciclo salitrero.